

La Multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848), George Rudé, Siglo XXI, 2009

I. Unas palabras sobre el autor

Digamos algo sobre el autor. El historiador George Rudé nació en Noruega en 1910. A los nueve años se trasladó con su familia a Inglaterra, donde desarrolló y completó su formación en lenguas modernas e historia en Cambridge y Londres. A partir de 1935 fue un militante activo del Partido Comunista Británico, lo que le cerró las puertas a una prometedora carrera académica en las universidades inglesas. En 1958 decidió marcharse a Australia con el fin de contar con la oportunidad que por motivos ideológicos le fue negada en su segunda patria. Aunque ya por entonces había abandonado la militancia comunista tuvo que afrontar ciertas dificultades iniciales en Australia. Afortunadamente, la Universidad de Adelaida le permitió formar parte de su cuadro de profesores, ejerciendo allí un magisterio que le convirtió en uno de los mayores expertos mundiales en Historia Social de Francia e Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. Tras una larga y fructífera actividad docente e investigadora en Australia, continuó a partir de 1970 su labor profesoral en Canadá, hasta su fallecimiento en 1993.

Con el paso del tiempo la figura de Rudé ha alcanzado la categoría de clásico de la historiografía del siglo XX, formando parte de un grupo selecto de historiadores sociales como Georges Lefebvre, Christopher Hill, Raphael Samuel, E. P. Thompson y Eric Hobsbawn, entre otros. Todos ellos comparten un enfoque marxista con el que han cambiado el modo de abordar el estudio de la historia. Elevaron a la condición de actores significativos del acontecer histórico a las multitudes desheredadas y a los movimientos sociales y revolucionarios. Gracias a sus trabajos aparecieron nuevos sujetos sociales dignos de estudio, iluminando los rincones de la historia que otros se encargaron de tapar.

Como muestra de agradecimiento y de respeto al magisterio de George Rudé, sus discípulos celebran un encuentro cada dos años llamado *Seminario George Rudé sobre historia francesa*, en el que rinden tributo al maestro con publicaciones originales escritas por importantes académicos de todo el mundo.

George Rudé publicó en 1964 un trabajo ya clásico titulado *La Multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848)*. Esta obra adquiere una inesperada actualidad en el momento presente, de grandes convulsiones económicas y de agitación social desconocidas en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

II. Objeto de estudio

La lectura de *La multitud en la historia* nos conduce de sopetón a un primer problema: el de la elección del sujeto histórico.

¿Quiénes hacen la historia con mayúsculas: los dioses o los hombres; los héroes o los pueblos; los reyes, papas y demás gobernantes o las clases sociales; las naciones o los ejércitos; las élites o las masas?.

Como bien sabemos en nuestro país, no es igual escribir la historia desde el punto de vista de los vencedores o de los vencidos, desde arriba o desde abajo, desde la lealtad a

un orden social o desde el convencimiento de que todo fluye y muda. Esta es la primera cuestión que debe responder el historiador y según cómo lo haga construirá una versión de la historia más doctrinaria o creíble, más amplia o estrecha, más legitimadora o descriptiva, más apócrifa o libre. Por esta razón la historia es un terreno tan propicio para la manipulación ideológica.

En el caso de Rudé la elección es simple: puesto que la multitud irrumpe en la historia, la multitud es sujeto del drama histórico, de donde se deduce que ha de estudiarse en su comportamiento, motivaciones y en sus lazos con las fuerzas económicas e ideológicas de cada momento.

No siempre fue así. El pensamiento conservador y reaccionario arrojó al olvido a las masas, a las que temía y odiaba a la vez. Ya desde las diatribas de Edmund Burke contra la Revolución Francesa, pasando por el odio de Hippolyte Taine y la actitud de desprecio de Gustave Le Bon, la masa es populacho, turba, canalla, *lazzaroni*. La masa no tiene categoría social porque es iracunda, criminal, malsana e impredecible. Y del desprecio a la multitud al odio al pueblo o a la clase sólo hay un paso, que los reaccionarios dieron para negar la posibilidad de confeccionar una historia en la que el común tuviera algo que decir. El prejuicio contra las masas creó una historiografía legitimista primero y fascista después que se opuso al modo de hacer historia del primer liberalismo y del marxismo. Así las cosas, el movimiento obrero, las protestas, las rebeliones, las revoluciones, las revueltas, las huelgas y cualquier clase de agitación social no eran objetos de estudio para una academia monopolizada por el conservadurismo, sino desviaciones o puros actos criminales que había que erradicar.

Pero la elección de Rudé no implica ninguna idealización de la multitud, defecto propio de quien ama demasiado a un pueblo que no conoce. La muchedumbre tiene virtudes y defectos y como tal ha de ser estudiada. Lejos queda de la voluntad de Rudé poner al pueblo en un pedestal, evitando estereotipos como los que contaminaron a pensadores de la talla de Jules Michelet, más preocupados por glorificar en términos románticos una nación que por hacer una historia liberada de ataduras.

Para erradicar los prejuicios el historiador debe obrar, según Rudé, de un modo ordenado, a saber: 1) colocando el hecho en el cual participa la muchedumbre en su adecuado contexto histórico; 2) determinando qué dimensiones tiene la muchedumbre en cuestión, cómo actúa, quiénes son sus promotores (si es que los hay), quiénes la componen y quién la conduce; 3) identificando quiénes son el blanco o las víctimas de sus actividades; 4) descubriendo cuáles son los objetivos, motivos e ideas subyacentes que la mueven; 5) estudiando la eficacia de las fuerzas de represión o las de la ley y el orden cuando se enfrentan a ella; y 6) exponiendo las secuencias de los hechos en que se ve envuelta y su significación histórica.

Con este plan de trabajo Rudé intenta retratar a la muchedumbre en acción tratando los siguientes episodios históricos: las revueltas provinciales y rurales inglesas y francesas del siglo XVIII, las revueltas urbanas y los disturbios industriales ingleses y franceses, la muchedumbre de la Revolución Francesa de 1789, las revueltas de la “Iglesia y el Rey”, los movimientos rurales ingleses de comienzo del siglo XIX, la muchedumbre de la Revolución Francesa de 1848 y el cartismo en Inglaterra. Es decir, la dinámica de la muchedumbre en la transición del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa, o dicho en

otras palabras, los movimientos sociales entre el milenarismo medieval apocalíptico y la aparición y organización del movimiento obrero.

III. Desarrollo de la obra: acontecimientos históricos

En el campo francés, en contra de lo que suele estimarse, el siglo XVII fue más convulso que el siglo XVIII. Menudean en el siglo anterior a la Revolución Francesa revueltas campesinas provocadas por la pretensión de la monarquía de gravar con impuestos abusivos a un campesinado que roza la miseria y el hambre. Son las llamadas *revueltas del hambre*. Malas cosechas e impuestos desorbitados sobre los campesinos pobres son la combinación fatal, por tanto, que explica la agitación social. Los levantamientos de los *croquants* o “campesinos pobres” entre 1620 y 1640, la gran insurrección de 1670, la revuelta campesina en el Languedoc y los disturbios de 1709 provocados por la última gran hambruna del Antiguo Régimen, son ejemplos de un período de muy profunda agitación social en el que conviven la inestabilidad, la pervivencia de instituciones feudales y el absolutismo de Luis XIV. En cambio, ya entrado el siglo XVIII, precisamente en las décadas anteriores a la Revolución, Francia inicia un período de mayor calma social en el que se alcanza un cierto crecimiento económico, jalonado no obstante por episodios menores de agitación que siempre coinciden con una mala cosecha: 1725, 1740, 1749, 1768, 1775 y 1785. En estos años, los del reinado de Luis XV, a pesar de los sobresaltos, la represión y los fusilamientos de los “revoltosos” no hay presagios firmes de la conmoción política que se avecina. Pero a partir de 1787 la situación cambia drásticamente. La entrada de Francia en la guerra de la independencia americana, de nuevo las malas cosechas, la subida del precio del pan y de la leña, y el ascenso del tercer estado y de las nuevas ideas de los filósofos forman el caldo de cultivo en el que fermenta la Revolución. Puede sorprender que tras casi medio siglo de cierta calma se desencadenaran los acontecimientos de 1789, pero como dijo Tocqueville quizás la clave sea que la crisis golpeó a una población que, de manera inédita, se había acostumbrado a vivir rodeada por la ilusión de una cierta prosperidad. De aquí sacamos una conclusión que conviene no olvidar: la gente está menos dispuesta a soportar la pobreza cuando cree que la ha abandonado para siempre.

Las revueltas campesinas anteriores a la Revolución Francesa se caracterizan porque sus desencadenantes son el hambre y la explotación fiscal ejercida por la monarquía absoluta. Son espontáneas debido al nivel de conciencia sobre el que se sostienen. Sus protagonistas carecen de un discurso alternativo sobre el poder. No extraña, en consecuencia, que no pretendan derrocar a los gobernantes o cambiar las reglas de la política. Su aspiración es, simplemente, regresar a un tiempo idealizado en el que no se cometían tantos abusos o en el que se creía vivir mejor, sin hambre ni opresión. En definitiva, son protestas que se alimentan de un gran malestar social y que, al carecer de discurso político propio, expresan la rabia y la desesperación de manera ingenua. Pero a partir de 1789, al menos en Francia, la ingenuidad política se erosiona profundamente y ya nada será igual. Esto no significa que las *revueltas del hambre* desaparezcan completamente a partir de esa fecha, porque su existencia puede rastrearse hasta 1848, si bien su presencia, según nos adentramos en el siglo XIX, es cada vez más excepcional.

En la Inglaterra rural de siglo XVIII, a diferencia de Francia, casi no quedaban vestigios del feudalismo. Eso no significa que no padeciera también *revueltas del hambre* en el campo. Entre 1735 y 1800 hay registrados 275 disturbios de importancia que, por lo

general, fueron reprimidos con mayor dureza aún que en el país vecino. En Inglaterra no había señores feudales sino terratenientes que empleaban a una gran porción de trabajadores sin tierra que, además de a las labores agrícolas, se dedicaban a la manufactura casera del hilado y del tejido, a los cuales se unía un ejército de mineros, pescadores, trabajadores de los astilleros, asalariados de otras profesiones y pobres de solemnidad. Esta composición particular del pueblo inglés no evitó que la dinámica de las revueltas fuese igual que en Francia. Una mala cosecha, un episodio de escasez o el alza súbita de los precios de los alimentos eran el detonante que encendía el fuego de la rebelión. Los levantamientos en el campo eran también políticamente ingenuos. Se pensaba que saqueando unos depósitos de grano, atacando las casas de algunos comerciantes avariciosos, dando un escarmiento a algún acaparador o fijando toques a los precios de los alimentos se conjuraban los problemas. Al igual que en la vecina Francia, esta clase de revueltas populares pervivirá en Inglaterra hasta 1847, aunque su importancia decaerá rápidamente desde comienzos del siglo XIX.

A la revuelta campesina se unen en Inglaterra y Francia las que acontecen en las ciudades, que ya no están provocadas en exclusiva por cuestiones alimenticias. En el origen de los disturbios urbanos se mezclan el hambre o el miedo a padecerla con conflictos de carácter religioso, político, institucional, cultural o de clase. En muchas ciudades inglesas, especialmente Londres, los católicos, los irlandeses y otros extranjeros son dianas de la furia popular, pero no del populacho sino de los sectores de los barrios humildes más sólidos y respetables, esto es, de aquellos que tienen más que perder cuando se produce una crisis de subsistencia y que no hace mucho sufrieron el flagelo de la miseria. En 1780 estallaron en Londres disturbios que a punto estuvieron de convertirse en una revolución en toda regla, que de triunfar se habría anticipado en nueve años a la Revolución Francesa. Son los llamados disturbios de Gordon, porque tuvieron como detonante la petición de un miembro del Parlamento, Lord George Gordon, de invalidar la legislación que permitía a los católicos formar parte del ejército. Explotando el fuerte sentimiento anticatólico del pueblo, que se asociaba al rechazo de la rebelión jacobita, el dos de junio de 1780 Gordon logró reunir una muchedumbre de 50.000 personas en Southwark, cerca de la Torre de Londres, en la orilla sur del Támesis, e iniciar una marcha hacia el Parlamento. En el trayecto se produjeron incidentes y cuando el Parlamento decidió mantener la legislación a favor de los católicos se inició el caos, que duró seis días. Londres entró en una espiral de anarquía y de destrucción desconocida hasta entonces, siendo uno de los principales objetivos de las muchedumbres las prisiones (fueron tomadas las de Newgate, King's Bench, Fleet, Clink y Bridewell, en claro anticipo de lo que sería la Toma de la Bastilla) a los que se añadieron los católicos romanos, las propiedades de los irlandeses y, ya en los días finales de la revuelta, la City y el Banco de Inglaterra, que fue objeto de un intento fallido de asalto. La revuelta fue aplastada sin misericordia por las tropas: hubo 450 detenidos y 23 de ellos fueron ejecutados públicamente. Durante los seis días de revueltas todos los muertos que se produjeron correspondieron a las filas de los insurrectos (unos 700), lo cual demuestra que la ira popular puso especial cuidado en respetar a las personas. Bien diferente fue el proceder de los represores, que actuaron con una brutalidad extrema. A la vez que ocurrían estos episodios en Londres, en París los jesuitas y los jansenistas son objeto de la ira de las muchedumbres urbanas. En las capitales de Inglaterra y de Francia, al calor de agitación, se oye hablar de asaltar el Parlamento, los palacios o de derrocar al rey, a la vez que se maltrata a un arzobispo, se intenta linchar a un especulador o se toma el centro de la ciudad por miles de personas que se enfrentan al ejército o a la guardia armada. Entre las multitudes de París y

Londres comienza a circular un lenguaje político en el que irrumpen significados diferentes asociados a palabras antiguas, y conceptos políticos nuevos con los que se pretende designar una alternativa política: *parlamento*, *libertad*, *ciudadano*, *nación*, *contrato social* o *voluntad general* discurren de boca en boca, a veces mal entendidos, como heraldos de un mundo político nuevo que aún no ha emergido. La existencia de revueltas urbanas en el siglo XVIII pone de manifiesto que las ciudades están más avanzadas históricamente que el campo. Mientras que el mundo rural de Francia e Inglaterra producía *revueltas del hambre*, las grandes ciudades ya estaban produciendo *revueltas políticas* en las que, no obstante, el hambre o el miedo inminente a padecerla seguían siendo su principal detonante.

En las revueltas inglesas del siglo XVIII, a diferencia de Francia, los más comprometidos fueron los obreros, lo que indica que la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo estaban transformando su sociedad de manera más profunda. Así, pueden rastrearse en su suelo las primeras disputas laborales en las que participan representantes de todas las profesiones, dando lugar a las primeras huelgas modernas para reivindicar un mejor salario. En estas huelgas se advierten ejemplos de modernidad tan evidentes como la constitución de cajas de resistencia. Este fue el caso de la huelga de 1758 en Manchester, secundada por 10.000 trabajadores, que fue precedida por otras en Newcastle en 1750, en Londres en 1751 y también en Manchester en 1753. A la huelga de 1758 le sucedieron la de los mineros en 1765, en la que participaron 100.000 trabajadores, o la de los alfareros, cordeleros, zapateros y marineros de 1792, desembocando todas ellas en la primera gran huelga fabril de la historia: la de los hilanderos del algodón de Manchester en 1810. No era fácil, ni mucho menos, organizar estas huelgas puesto que eran ilegales y estaba prohibido el derecho de sindicación. Recordemos que el Parlamento había prohibido en 1721 la sindicación de los sastres, en 1726 la de los carpinteros, en 1749 la de los trabajadores del textil, el hierro y el cuero y en 1799 la de todos los trabajadores en general, tal y como dispuso la *Combination Act*. Muchas de estas huelgas derivaban en violencia y en revueltas, debido a que el uso de métodos pacíficos, propios de las primeras huelgas del siglo XVIII, no condujeron a la satisfacción de ninguna de las demandas obreras. Toda esta agitación muestra, sin lugar a dudas, que en Inglaterra el parto de una sociedad clasista estaba siendo doloroso, alcanzando un punto muy intenso durante los años de la Regencia (1812-1830). En mayo de 1812, el Primer Ministro, Spencer Perceval fue asesinado en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes. Ese mismo año hubo *revueltas del hambre* y contra el aumento de impuestos, así como los primeros levantamientos luditas, que comprometieron a una fuerza militar mayor (12.000 soldados) que la que Wellington llevó consigo en su primera expedición a Portugal en 1808. Los tumultuosos años de la Regencia coinciden también con las revueltas luditas, siendo las verdaderamente importantes aquellas que pretendían encontrar en la destrucción de las máquinas el camino para conseguir mejoras salariales y laborales o, simplemente, impedir que la nueva tecnología se incorporara brutalmente al proceso productivo, lo cual producía una reducción drástica y automática de los salarios, así como un desempleo mayor. Hubo una ola principal de ludismo en los años 1811-1812, a la que siguieron otras tres menores en 1812-13, 1814 y 1816. Todas ellas fueron ahogadas ejerciendo una represión implacable sobre sus cabecillas, que eran ahorcados o, cuando se imponía LA “clemencia”, deportados, para lo cual se puso en marcha un dispositivo represor formado por miles de hombres encuadrados en la milicia, el ejército regular y el espionaje. Así que puede decirse que en 1817 terminó a sangre y fuego la agitación ludita como forma de protesta preindustrial en una sociedad que había entrado de lleno

en la era de la industrialización. A las revueltas lúdicas le sucedieron otras de diferente naturaleza. Por ejemplo, en 1815 los londinenses se levantaron contra la Ley de Cereales y al año siguiente menudearon los disturbios agrarios. En 1817 se produjo el levantamiento de Huddersfield y en 1819 la guardia del rey cargó con los sables desenvainados contra una multitud de entre 60.000-80.000 personas reunidas en Manchester, que cansadas de las hambrunas provocadas por las guerras napoleónicas, solicitaban la reforma de la representación parlamentaria. En ese episodio sangriento, conocido como la *Masacre de Peterloo*, fueron heridos más de medio millar de manifestantes, de los cuales murieron quince.

En Francia, en los años previos a la Revolución de 1789, se produce también la transición de la revuelta ingenua a la revuelta política. Esto no significa, de ningún modo, que en los años anteriores a la Revolución no hubiera *revueltas del hambre* (especialmente en 1794-1795) que aceleraron el proceso político, o que la subida de los precios de los alimentos básicos no fuese un detonante decisivo de la Revolución. Pero el sustrato ideológico en el que prendieron era diferente. Tal cambio de las conciencias fue posible porque la burguesía apeló a la Nación como un todo para convertirla en beneficiaria de sus reivindicaciones, uniendo bajo una misma protesta a las poblaciones del campo y de la ciudad. Se construyó por parte de los revolucionarios la idea de patria-república como opuesta a la de monarquía. Por otra parte, el mensaje revolucionario fructificó debido a la rigidez de la monarquía que se negaba a hacer concesiones y que se empeñó desde el primer momento en aplastar la revuelta con la ayuda de potencias extranjeras, ligando de manera fatal su destino con el del Antiguo Régimen. El campesinado ya no se contentaba con romper cercados, violar derechos de caza y adentrarse en los bosques reales, como antaño. Aspiraba a superar el régimen feudal y, llegado el caso, a la monarquía, que era su principal garante. Lo mismo ocurría en las ciudades. Ya pasó el tiempo en que era suficiente con asegurar los suministros o bajar temporalmente los precios de los alimentos para contentar a las masas. A partir de estas ideas, bien diferentes de las tradicionales, los acontecimientos en París entran en una dinámica totalmente nueva. El miedo a que la capital fuese tomada por las tropas reales para desbaratar la revuelta por medios violentos llevó al pueblo a asaltar la Bastilla, que además de ser un símbolo ominoso de la tiranía, era un depósito de armas y municiones muy bien abastecido. En la defensa de la Asamblea Nacional, el pueblo común de París, y muy especialmente sus mujeres, desempeñó un papel esencial. Dentro de él los *sans-culotte* constituyeron la primera fuerza de choque contra la intransigencia monárquica. Una vez iniciado el proceso revolucionario, se produce una revolución dentro de la revolución, debido a que la composición del Tercer Estado es muy heterogénea (girondinos, jacobinos y *sans-culottes*) y en él conviven, cada vez con mayores contradicciones, ideologías opuestas. Por tanto, dentro de la revuelta general se produce otra en la que las masas populares pretenden superar la democracia representativa en política y el liberalismo en economía, destruyendo los vestigios del poder de la iglesia y de cualquier otra institución tradicional, lo que les llevó a cometer atrocidades que, en parte, sellaron su destino. Al desbordar la órbita de la burguesía liberal, las masas populares fueron aplastadas militarmente por los partidarios moderados de la Revolución: en 1791 a manos de la Guardia Nacional dirigida por Lafayette, en lo que fue una masacre sin paliativos, y en 1795 en los procesos que siguieron a la gran insurrección. Ahogada la revuelta se abrió paso al Directorio (1795-1799), antesala del golpe de Estado de Bonaparte. Tras la destrucción de los *sans-culotte*, en Francia no se producirá ningún episodio de revueltas ni de protagonismo de las multitudes en los 35 años siguientes. La profundidad de la Revolución no debe

ocultar un hecho histórico importante, como es que durante el desarrollo de la misma se produjeron, a la vez, tres movimientos laborales de cierta importancia (1789, 1791 y 1794) si bien ninguno de ellos alumbró la dicotomía esencial entre el capital y el trabajo, cosa que sí ocurría en Inglaterra por esas fechas. Habrá que esperar a la década de 1830 y 1840 para que aflore en Francia, de manera clara, esta nueva contradicción propia de la sociedad capitalista.

Pero no todas las revueltas populares en Inglaterra y Francia tuvieron un carácter radical y superador de un tiempo caduco. Las hubo también de marcado carácter conservador. Son las llamadas *revueltas por la Iglesia y el Rey*, que tienen una larga historia que va desde la comuna parisiense antihugonote de 1588 hasta las centurias negras de la Rusia zarista. En los lugares en los que se producen estas revueltas se concierta una conjunción: el rechazo a los cambios sociales y políticos, sobre todo si son extranjeros (especialmente si provienen de la Francia revolucionaria), la existencia de una clase media muy débil y de una iglesia tradicional muy poderosa. La fuerza de choque de este movimiento la proporcionan las clases bajas que sufren un estado de postración permanente y que creen en la idea de que la restauración del pasado es la solución a la penuria y la escasez que sufren cotidianamente. En algunos lugares, allí donde se importan las nuevas ideas, las revueltas por la Iglesia y el Rey son el sustrato de movimientos de afirmación nacional; en otros, en cambio, son la reacción tradicionalista ante los cambios que vienen de las ciudades. Ejemplos evidentes de lo primero lo constituyen la guerrilla española contra los franceses, la guerrilla antifrancesa del sur de Italia, las revueltas romanas contra los franceses y el movimiento campesino de Andreas Hofer en el Tirol. De lo segundo, los casos más claros son los movimientos de la *Vendée* y de los *Chouans* de Bretaña y Normandía, el estallido antijacobino de Nantes (escenario de las horribles *noyades* de 1793) y las revueltas de 1791-1794 en Birmingham, Manchester y Nottingham. El blanco de las iras de las *revueltas por la Iglesia y el Rey* son burgueses ricos y prestigiosos que simbolizan el espíritu de los nuevos tiempos, así como las instituciones que los representan.

El surgimiento de la nueva sociedad industrial dio lugar en Inglaterra también a disturbios campesinos ya bien entrado el siglo XIX, que fueron el último ejemplo de revuelta de una clase agraria condenada a la desaparición. Son los casos de las revueltas de Swing de 1830 en los condados del sur de Inglaterra, y las de Rebecca en 1839 y 1842 en Gales. Estos casos de agitación campesina se diferencian de las *revueltas por la Iglesia y el Rey* en que no hay reivindicación a favor de los poderes tradicionales, sino la protesta descarnada de campesinos y obreros acomodados que veían cómo el capitalismo destruía el sistema tradicional de relaciones agrarias. La combinación de los disturbios rurales con el malestar irlandés y con la exaltación popular y de la clase media, esta última a causa de la oposición conservadora a aprobar una *Ley de Reforma* que paliara el control oligárquico del parlamento, llevaron al país al borde de la guerra civil, por lo que puede afirmarse que la Inglaterra del siglo XIX nunca estuvo tan cerca de la revolución como en 1831.

Cuando Francia entra de lleno en la sociedad capitalista y en la industrialización, los disturbios también cambian en su naturaleza, adquiriendo un carácter netamente moderno y obrero: asistimos al nacimiento del movimiento obrero en su suelo. En la Revolución de 1830, los obreros abandonan sus talleres para tomar las armas y derrocar a la monarquía de Carlos X. En Lyon, en 1831, estalla la insurrección de los trabajadores de la seda. A esta insurrección le sucede la de 1834, también en Lyon, en la

que se habla por vez primera de “socialismo”, término acuñado por Pierre Leroux. Son estos los años en los que comienzan a actuar Blanqui, Barbès, Blanc, Cabet, Proudhon y los sansimonianos, y en los que se habla de abolir la explotación del hombre por el hombre y en organizar el trabajo a partir de la asociación. Todo este nuevo fermento de protesta desembocará en la Revolución de 1848, sobre la que tanto Marx como Tocqueville, aunque opuestos ideológicamente, coincidieron en sostener que resultó un episodio evidente de lucha de clases que imprimía un giro a la historia de Francia e incluso a la historia universal. Según Tocqueville “... *lo que distinguió este acontecimiento de todos los otros acontecimientos de su clase que se han venido sucediendo uno tras otro en Francia durante los últimos sesenta años, es que su objetivo no consistió en cambiar la forma de gobierno sino en alterar el orden de la sociedad*”. Marx, por su parte, en un juicio casi idéntico sostendrá que la revolución significará a partir de ahora “... *el derrocamiento de la sociedad burguesa mientras que antes de febrero había significado el derrocamiento de la forma de gobierno*.” En pocas palabras, en la Francia de mediados del siglo XIX el disturbio obrero no era ya un signo de malestar, sino que se estaba transformado en un instrumento para construir otra sociedad basada en nuevos principios.

Si Francia entra en una nueva era a partir de 1848, en Inglaterra ocurre otro tanto cuando el cartismo articula la protesta obrera, extendiéndose su influencia política y social hasta la primera década del reinado de Victoria I. El cartismo, a diferencia del movimiento obrero francés, no bebe en exclusiva de fuentes socialistas sino que busca su simiente principal en la tradición del radicalismo inglés, al cual se añaden los problemas y nuevas perspectivas de la Inglaterra industrial. Como se sabe, la historia del cartismo es, en parte, la reivindicación de los famosos seis puntos de la *Carta al Parlamento*, enviada en 1838, en los que se pedía: 1) el sufragio universal para los hombres mayores de 21 años, b) salvaguardas para garantizar el secreto del voto, 3) prohibir toda clase de condiciones ligadas a la propiedad o a la renta para ejercer el cargo de parlamentario, 4) remuneración para los miembros del parlamento con el fin de permitir el acceso al mismo de los representantes de los sectores más humildes del pueblo, 5) igualdad en las circunscripciones electorales para que incluyan al mismo número de electores, evitando así la perversión flagrante de la representación y 6) renovación anual del parlamento para evitar sobornos y corrupciones entre sus miembros. La actitud del Parlamento fue siempre muy hostil a estas peticiones, con lo que el cartismo se mezcló con otros modos de exigir una representación política justa para la clase obrera, como las huelgas o las revueltas, muy duramente reprimidas por las autoridades. A estas exigencias se unían otras protestas más elementales como consecuencia de las malas cosechas o el alza de los precios de los alimentos, que conducían a la miseria a grandes porciones de la sociedad. Los estallidos de indignación cartista coinciden, por tanto, con tres periodos de aguda depresión financiera (1837-40, 1842 y 1848), y en cada uno de ellos, aún, se reflejan los estertores de una sociedad agonizante al lado del alumbramiento de una nueva.

IV. Desarrollo de la obra: generalidades

Tras analizar los movimientos de protesta social en los siglos XVIII y XIX, Rudé extrae algunas conclusiones generales válidas al menos para el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad capitalista. Las más importantes son:

1. La multitud no es una realidad abstracta, tiene cara y su comportamiento depende de la situación social y ocupacional de sus integrantes.
2. Por regla general, los participantes en las revueltas populares son gente integrada y sencilla que ven en peligro su precaria situación o que se rebelan ante la injusticia, por lo que asimilarlos a criminales y marginales no es más que una estrategia manida de sus adversarios para desprestigiarlos y anularlos.
3. El motivo real de las revueltas populares no es nunca la conspiración, el soborno, el engaño o la actuación de potencias extranjeras, por mucho que sus detractores insistan en ello.
4. La multitud rara vez actúa impulsada por una sola razón (penuria, escasez, miedo, injusticia o esperanza), sino que suele darse una combinación de razones que provocan su movimiento, lo que significa que es muy común que en su base se mezclen razones de carácter económico, político y social.
5. No se debe desechar el papel que en las protestas desempeñan los símbolos y los mitos, tanto aquellos que recuerdan lo odioso e insoportable como los que representan lo bueno o un porvenir mejor.
6. Una razón muy importante para que las multitudes actúen es la dislocación de la sociedad mientras se produce el nacimiento de un orden nuevo.
7. Las nuevas ideas no suelen tener entre las masas toda la fuerza que emana de su racionalidad, siendo más relevantes, en cambio, las creencias. Entre el pueblo el elemento intelectual o filosófico suele tener un papel menor que el que suele atribuírsele, especialmente porque requiere de la existencia de una firme opinión pública.
8. A medida que una revuelta madura suele dirigir su lealtad a principios o reglas abstractas, antes que a personas o a ideas concretas, del mismo modo que su espontaneidad decae siendo sustituida por mayores dosis de organización.
9. El papel de los dirigentes entre la multitud depende en parte de si éstos salen de la masa, actúan desde fuera de la masa o son intermediarios entre la masa y el resto de la sociedad. En el primer caso suele prevalecer su reticencia y desconfianza, y en el segundo sus dificultades para concitar siempre la lealtad de los seguidores.
10. Las multitudes estudiadas no tienen sed de sangre, como apunta la historiografía conservadora y hostil. Bien al contrario, tienen ansias de transformación y de justicia, poniendo su sangre al servicio del cambio, puesto que sufren los rigores de la represión cruel de los que se empeñan en mantener una sociedad moribunda. El instinto de venganza es propio, en cambio, de otros movimientos como las *jacqueries*, las insurrecciones de esclavos, los estallidos milenaristas, los conflictos raciales, etc...
11. En el corto plazo las rebeliones de las multitudes lograron pocos de sus objetivos. Es en largo plazo cuando fructifica la semilla depositada.
12. Cuando en una sociedad la lealtad de clase es superior a otras lealtades, la revuelta está cerca de convertirse en revolución. Este es el momento, por ejemplo, en el que el ejército es más proclive a sumarse a los partidarios del cambio.
13. La fuerza de una revuelta es tanto mayor cuanto más amplia es la alianza entre elementos heterogéneos que se oponen al viejo estado de cosas.

IV. Lecciones para el presente

El descontrol de las finanzas internacionales fruto de varias décadas de neoliberalismo ha llevado al borde de la catástrofe a las sociedades occidentales. Los islandeses, ciudadanos tranquilos y discretos, se lanzaron a las calles cuando una mañana descubrieron que sus ahorros se habían esfumado por culpa de un gobierno irresponsable y de unos banqueros criminales. Los islandeses han sido los primeros en sentar en el banquillo a un ex Primer Ministro, el conservador Geir H. Haarde, y esperan que las leyes hagan justicia. En Grecia, país en quiebra, asistimos a una convulsión social desconocida y violenta que dura ya muchos meses. En Gran Bretaña acaba de desencadenarse una ola de protesta y de violencia de carácter prepolítico que también refleja un malestar social muy profundo. EEUU ha estado a punto de declarar la suspensión de pagos y sufre una polarización política desconocida en la que surgen las primeras manifestaciones de indignados frente a Wall Street. Las calles de las principales ciudades de Israel contemplan las manifestaciones más numerosas desde su fundación como Estado. En España, con casi cinco millones de parados, el 15M se ha echado a la calle y coexiste con una izquierda débil e invisible por la censura que ejercen sobre ella los medios de comunicación. El riesgo de convulsión social es muy alto también en Portugal, Irlanda o Italia. Por vez primera en muchos años, desde las manifestaciones globales a favor del pacifismo, el mundo occidental no asistía a un período de agitación ciudadana como el actual, en el que se convocan manifestaciones simultáneas en casi mil ciudades de los cinco continentes. Y en cuanto a nuestros vecinos del sur, la cuenca africana del Mediterráneo ha entrado en un proceso de ebullición y de conflictividad del que se derivarán consecuencias impredecibles. Tras décadas de calma chicha, tras años de prosperidad ficticia y del supuesto fin de las ideologías, tras legislaturas de mentiras y de zafiedad, irrumpe el conflicto, característica inevitable de cualquier sociedad clasista y desigual. Por vez primera en muchos años los ciudadanos salen a la calle y se constituyen como sujetos de la historia, condición que nunca debieron abandonar. ¿Llegará el día en que un historiador analice esta coyuntura con la misma honradez que lo hizo Rudé?

Quizás podamos aventurar algunas conclusiones sobre el significado del movimiento social 15M aprovechando el estudio de Rudé. Es preciso advertir que estas deducciones están sujetas a los cambios que puede experimentar este movimiento, del que desconocemos casi todo, incluido su futuro. En cualquier caso, las más destacadas son las siguientes:

1. Está formado por nuevos descontentos que, en gran medida, se asoman por vez primera a la reflexión sobre la política como consecuencia de que la crisis afecta muy negativamente a sus vidas personales. En la decisión de incorporarse a este movimiento social pesan mucho las razones de naturaleza privada y material, y menos las de carácter intelectual y general.
2. Sus actos, discursos y propuestas reflejan sobre todo un malestar muy profundo, de indignación. Por ahora son un movimiento reactivo y no propositivo que rechaza dar el paso a la política institucional, de la que desconfía completamente y a la que achaca buena parte de sus males. Como otros movimientos sociales, ha de pasar de la fase de los *Cahiers de Doléances* a la de redactar una nueva *Carta al Parlamento*.
3. Su composición es heterogénea. En su seno conviven discursos y estrategias antipolíticas conservadoras y liberadoras. Además, por ahora refleja exactamente

la idea, muy asentada en la conciencia política española, de que cada español es en su casa el jefe de Estado de una república soberana, sueño de una sociedad poco dada a la organización y al compromiso permanente.

4. El nivel de su discurso demuestra hasta qué punto la ciudadanía había dado la espalda a la cuestión pública y lo trabajoso que le resulta, tras años de cómodo autismo, construir una concepción de lo público ya no superadora sino coherente.
5. Su existencia manifiesta el desprestigio mayúsculo en el que se encuentran los mecanismos y actores de la política tradicional entre, al menos, algunos sectores de la sociedad española. Además, pone de manifiesto la profundidad de la crisis económica, que toca a muchos de los que se consideraban hasta hace muy poco y equivocadamente clase media.
6. No ha forjado alianzas sociales, políticas y de clase, y no parece que por ahora tenga intención de avanzar por ese camino, dado que es prioritario para sus seguidores mantener una independencia y una pureza que pueden acabar desembocando en el aislamiento.
7. Niega validez a la representación y, por tanto, a su capacidad de interlocución con el exterior.
8. En lo que estiman su principal virtud radica su mayor debilidad: en él priman las relaciones horizontales, muy frágiles ante el desgaste, muy espontáneas y poco eficaces cuando se trata de tomar decisiones o buscar la permanencia.
9. En resumen, es un movimiento que está aún en la fase ingenua, que si quiere significar algo debe transformar su organización, discurso y objetivos. De lo contrario, se limitara a ser una válvula de escape al descontento. No obstante, si la crisis se prolonga o se agrava, experimentará una presión cada vez mayor para constituirse de otra manera o para desaparecer.

Churchill afirmó que la crisis de 1929 fue por sus efectos una suerte de segunda Guerra de los Treinta Años. Este conflicto diezmo la población del Sacro Imperio, devastó sus ciudades, llevó a la bancarrota a las viejas unidades políticas, confirmó la decadencia irreversible del imperio español y la hegemonía de Francia en el continente, asentó la diferencia entre protestantes y católicos, y abrió el paso a una nueva forma política: el Estado nacional-absolutista. Si la crisis económica que vivimos hoy es parecida en su gravedad a la del 29, cosa que ya nadie se atreve a dudar, y su gestión es equivocada, la devastación que puede producir asusta por su magnitud. Daños al margen, lo que está claro es que asistimos al cierre de un ciclo de la historia de la humanidad. En cuanto al futuro, será lo que estemos dispuestos a luchar por él.

¿Puede decirnos algo el libro de Rudé sobre la situación actual, aunque fue escrito hace casi medio siglo y se refería a una realidad aparentemente tan lejana? El autor así lo quería, cuando afirmaba que su trabajo *“podía alentar a otros a estudiar la muchedumbre en otros períodos y en otros lugares”*. Soy de la opinión de que no se equivocaba. Por ello hay que leer este libro con la atención que merece, como las grandes obras del pensamiento humano que tanto ofrecen sin pedir a cambio más que un poco de atención. Espero que esta reseña despierte la curiosidad del futuro lector y que ayude a recuperar un trabajo injustamente olvidado.

Emilio Alvarado
24 de octubre de 2011